

Roma, sábado, 14 de abril de 2012

Realmente todo, todo, es gracia. Nunca dejaré de comprender una y otra vez los numerosos dones de amor que han acompañado mi vida. Hacerlo es bueno para mí, porque descubro que he sido muy amado, me libra del orgullo y de la presunción y me confirma que la alegría más verdadera es la que encuentro en la alegría de los demás, la que se da y que vivo con el prójimo. ¡No hay celos en el amor! Por gracia crecí en una familia inspirada en fuertes y vividos valores religiosos: fui el quinto de seis hijos de dos padres que se amaban, buenos y cristianos; mi padre era un apasionado divulgador del Evangelio y de la Iglesia; mi madre tenía una firmeza fundamental; un tío abuelo mío era hombre desprendido y no pedía recompensa alguna; y tenía una tía que vivía discretamente y con afabilidad su vocación religiosa.

Por gracia conocí de muy joven la Comunidad de Sant'Egidio, donde me he sentí como un hijo en los años posteriores el Concilio: esperanza y compromiso, caridad sin fronteras y oración, evangelio ligado a la vida, radical y auténtica vocación para todos; comunidad y amor por los pobres; signos de los tiempos y profecía; pasión por la paz y diálogo, son elementos que se han transformado con los años, pero no se han perdido, en búsqueda de una iglesia viva, que continúe dando carne al Evangelio y mirando con inmensa simpatía al mundo. En ella creció mi vocación sacerdotal que me llevó a servir a la iglesia de Roma durante más de treinta años, once de los cuales como rector de la basílica de Santa Maria in Trastevere. Por gracia, por muy poco tiempo, he vivido el servicio en la parroquia de los santos Simón y Judas Tadeo, una verdadera zona pastoral del gran barrio de Torre Angela. Lo echaré mucho en falta. En definitiva, he encontrado ya el ciento por uno que se le prometió a Pedro y tengo la clara conciencia de haber recibido de mucha gente mucho amor, de haber dejado muy poco y de haber desaprovechado muchas oportunidades y palabras.

Por gracia –y la gracia lo es si no la buscas– empiezo hoy este nuevo servicio a la Iglesia y a la iglesia de Roma, consciente de mi personal ineptitud y sintiendo temor por una expectativa sobre mí que es muy superior a mis cualidades, cuyos límites y miserias conozco. Serena y libremente, precisamente por eso, confío en la fuerza del Espíritu, vertido en un recipiente de barro, confiando en que Él sabrá guiarme y protegerme. Doy las gracias a nuestro obispo, el papa Benedicto, y a usted, eminencia, por la confianza, único título que me acompaña. Garantizo mi obediencia filial y sincera y, hasta donde pueda, mi compromiso por servir a la Iglesia y a la ciudad, colaborando con toda la franqueza y la inteligencia del corazón, porque solo de ese modo se puede atravesar el corazón de los hombres de nuestra generación. Veo a muchos, muchos amigos, una muchedumbre.

Os doy las gracias a todos, sobre todos a aquellos –que son muchos– que han venido de lejos. Cada uno de vosotros representa una parte importante y única de mi vida y juntos vivimos esta alegría, realmente “nuestra” porque es solo Suya. Entre vuestras caras me parece ver físicamente también las de las personas que ya no están con nosotros, las de mis seres queridos, mis padres, mi hermano, y uno a uno, los numerosos hermanos y hermanas de la comunidad que dolorosamente nos han precedido en la plenitud del amor, la de los ancianos que me han amado como a un hijo y me han enseñado que siempre se puede tener esperanza y que confiar en Dios es extender las manos para dejarme llevar allí donde el miedo no me quería llevar y donde encontramos la salvación.

Por último, cuando llegué a Torre Angela pensé que lo que parece que perdemos en realidad lo conservamos. Siento que es cierto también hoy. Entonces pensé que el centro es allí donde está Jesús, su comunidad, sus hermanos más pequeños, los pobres. Vuelvo, geográficamente, al centro de Roma, donde se concentra toda la ciudad y mucho más, porque es el centro de una ciudad tan particular como la nuestra y de una Iglesia que preside en la caridad. Como dijo monseñor Feroci, director de Cáritas de Roma, la Iglesia debe ser “como el río, que no tiene miedo de ensuciarse para atravesar su ciudad”. Y el agua es el agua de la caridad que hace fértil la vida de toda la ciudad, sobre todo la vida de quien más necesita amor.

Escribía Olivier Clément, hablando de un tal Doroteo de Gaza: “Los rayos son distintos. Pero en el centro se unen. Acercarse al centro, que es Dios, es tener la revelación del prójimo”. “La naturaleza del amor es así: cuando nos alejamos del centro del círculo y no amamos a Dios, nos alejamos también del prójimo. Pero si amamos a Dios, en la medida en la que nos acercamos a él por amor, también estamos unidos con amor al prójimo”. Yo diría que cuanto más vamos hacia el Señor y lo ponemos a Él en el centro, más nos unimos entre nosotros. Ese es el servicio del Centro de la ciudad: vivir y dar muestra de comunión. Eso es lo que querría para mí, siempre con la ayuda de Dios: servir a la comunión, y eso se puede hacer –creo– solo con la humildad, dejando siempre a un lado el yo para buscar el nosotros que da sentido y valor a toda persona. La Iglesia es comunión y esta es indispensable para todos; no es solo el fin sino que debe ser también el método; lo necesitamos para derrotar a los numerosos feroces enemigos, el individualismo y el amor por uno mismo, que debilitan y hacen que desaprovechemos oportunidades y talentos. En realidad cada hombre está llamado a la comunión, porque de la comunión viene la vida. La necesita enormemente el hombre de nuestra ciudad, que a menudo termina siendo una isla, que mira con gran preocupación, cuando no con angustia, su futuro, sobre todo en este tiempo de crisis. La necesita la Iglesia, comunión de los santos, que cuando carece de ella es más débil y deja de ser creíble y pierde aquella "simpatía" que debe tener y suscitar en todo el pueblo. Si hay comunión todos somos

más fuertes; el Evangelio toma cuerpo, entendemos y vivimos lo que de otro modo sería virtual; no nos alejamos de la vida verdadera; sentimos la maternidad que todos necesitamos en una vida a veces complicada y dura. En la comunión entendemos quiénes somos, se refuerza nuestra fe y aprendemos a reconocer y a valorar al otro, sin miedo. Siempre con alegría. Porque la alegría del Señor es vuestra fuerza. Y también –¿por qué no?–, con buen humor, porque protege de las tentaciones.

Pido para mí los ojos espirituales que saben ver cuándo los campos blanquean ya para la siega. Y también al final de todo poder decir solo, como los pequeños: gracias. Siempre esperando recibir abundantemente la misericordia de Dios.

Mons. Matteo Maria Zuppi